

Índice

PRÓLOGO	11
PRESENTACIÓN	15
MURILLO PARA COMPRENDER NUESTRO TIEMPO	21
NATURALMENTE CRISTIANO	29
Pintando al natural	34
Encarnación y encarnaduras	41
Gracia encarnada	47
LA ESPERANZA COMO ATMÓSFERA	53
<i>Si Deus nobiscum</i>	58
El pecado, el único y verdadero mal	66
La ruta de la vida	74
PINTOR DE LAS PERIFERIAS EXISTENCIALES	83
«Si no os hacéis como niños . . .»	88
La suerte de ser pobre	99
Las obras de misericordia	108
EN MEDIO DEL MUNDO QUE LO TOCÓ VIVIR	119
Secularidad, no secularismo	124
La secularidad en Murillo	129
La belleza de la santidad	137
LA VIRGEN EN MURILLO	145
Inmaculada	149
Necesitamos una madre	155
San José	162
LA REVOLUCIÓN DE LA TERNURA	173

Presentación

En su ensayo sobre Velázquez, Ortega y Gasset reconocía con sencillez que en el campo del Arte él no era más que un *transeúnte*. Con mucho mayor motivo me refugio en esa misma condición de mero transeúnte por los cuadros de Murillo como aval suficiente para atreverme a escribir sobre él¹. Lo hago con temor y temblor, porque un sevillano lleva a Murillo en el ADN, y no podré ser objetivo al hablar de alguien que considero parte muy importante de

1. Para aquellos que quieran profundizar en la figura de Murillo y su arte, aunque la bibliografía es muy amplia, recomendamos las siguientes obras: ANGULO ÍÑIGUEZ, Diego, *Murillo: su vida, su arte, su obra*, 3 vols., Madrid, Espasa Calpe, 1981; AYALA MALLORY, Nina, *Bartolomé Esteban Murillo*, Madrid, 1983; CÁMARA, Alicia, *Bartolomé Esteban Murillo*, Madrid, Historia 16, 1993; GOMBRICH, Ernst H., *Arte e Ilusión. Estudio sobre la psicología de la representación pictórica*, Barcelona, Gustavo Gili, 1979; HEREZA, Pablo, *Corpus Murillo. Biografía y documentos*, Sevilla, Ayuntamiento de Sevilla, 2017; NAVARRETE PRIETO, Benito y PÉREZ SÁNCHEZ, Alfonso E. (dirs.), *El joven Murillo*, cat. Exp., Bilbao, Museo de Bellas Artes-Sevilla, Museo de Bellas Artes, 2009; Ib., *Murillo y las metáforas de la imagen*, Cátedra, Madrid, 2017; PALOMINO DE CASTRO Y VELASCO, Antonio, *El museo pictórico y escala óptica*, con prólogo de Juan A. Ceán Bermúdez, Madrid, Aguilar, 1947; SÁNCHEZ DE PALACIOS, M., *Murillo*, Madrid, 1965; VALDIVIESO, Enrique, *Murillo. Sombras de la tierra, luces del cielo*, Madrid, Sílex, 1990; Ib., *Catálogo razonado de pinturas*, Madrid, Ediciones el Viso, 2010.

mi vida. Pero al mismo tiempo, precisamente es la palabra «transéunte» –que podría significar tan sólo *suficiente* para abordar la obra de un genio como Velázquez– la que me parece en el caso de Murillo un motivo más que adecuado y una razón de gran peso para escribir sobre él. Queramos o no queramos, ha sido tal vez el pintor español más transitado por todos los españoles de muy distintas capas sociales durante cuatro siglos; y estimo que seguirá siendo así siempre. Mucho más para un sevillano. Decir Murillo es decir Sevilla, respirar su aire, disfrutar su luz, recorrer sus calles... Cualquiera sevillano conoce a Murillo por connaturalidad mucho más de lo que se pueda uno imaginar; y me gustaría pensar y saber explicar en estas páginas que esa cercanía íntima vale también para tantas personas que mirando sus obras se sienten comprendidas y le comprenden sin necesidad de ser ni españoles ni expertos en arte. Decía Angulo que Murillo, frente a Velázquez, tenía un punto de convencional que hacía necesaria su defensa, para salvarlo así de esa investigación esteticista que tantas veces le ha denigrado o ha puesto en entredicho periódicamente su genio o su mensaje. Justificado el autor, justifiquemos ahora sobre todo la perspectiva de fe desde la que queremos escribir estas páginas.

Se trata de un pintor muy difícil de clasificar, un pintor plagado como se sabe de lugares comunes que han hecho de él casi una estampa. Y así como las millones de reproducciones de sus vírgenes y niños han podido quitar valor a muchos de sus cuadros, la reiteración poco contextualizada de su propia biografía y perfil ha llegado a hacer de él casi un retrato robot que ha perdido lo más importante: el color, la luz, la vida. Tal vez, pues, el objetivo último de este libro consista en salvar a Murillo de los que, afirmando salvarle, sufren en su juicio estético de presbicia en el tiempo. Ya señalaba precisamente Ortega, comentando la obra de Velázquez, que la mayor carencia de quienes se acercan a estos genios de la pintura radica en la falta de hermenéutica, de comprensión. No

sólo estoy de acuerdo con esa apreciación, sino que estas páginas van dirigidas como digo a intentar salvar algo de esa laguna comprensiva. Es necesario que nos acerquemos a Murillo desde Murillo, que le comprendamos como a él le gustaría ser comprendido. Esto no significa hacerlo sin prejuicios, tarea imposible. Pero sí con aquellos prejuicios que ayuden a valorar el verdadero contexto, el horizonte de sentido en el que se mueve un artista. Cuando un artista es visto desde una óptica que no es la suya propia, se le puede llegar a interpretar muy injustamente, hasta llegar a veces a la deshonestidad. Así le ha ocurrido a veces a Murillo. Pero, ¿y si le miramos con sus ojos? ¿Y si nos fiamos de que es verdadero lo que nos dice? ¿No radica justamente ahí la fuerza de su arte? ¿No puede ser simplemente un cristiano que ama la vida ordinaria, que mantiene su corazón esperanzado en un medio muy duro, que ama y comprende a los niños, que sabe que este mundo es también un mundo de ángeles y no sólo de hombres... que muestra la cercanía del Cielo con la Tierra (y vuelta)... y que además es un genio de la pintura capaz de plasmar esa realidad?

Un breve apartado de agradecimientos a tantas personas que me han animado a escribir estas páginas y que han aportado sus comentarios siempre oportunos. A Nani Leon por su presentación y por tanta vida dedicada a difundir el arte, a Enrique Valdivieso que me animó con su habitual empuje a lanzarme a esta tarea y por todo lo que he disfrutado y aprendido leyendo sus libros y escuchando sus conferencias sobre Murillo, y en general a todos los que, gracias a esos años que viví en Sevilla, me han hecho comprender al terminar el libro que todo lo que está escrito aquí comienza y termina en el corazón de un sevillano que ha recorrido muchas veces las mismas calles que recorrió Murillo. A ellos dedico estas páginas, especialmente a mi familia y en concreto a mi padre que me inculcó profundamente el amor por la historia y la atmósfera de Sevilla.